

La admirable y perfecta señorita Clara

Alejandra Osorio



Índice

| | |
|-------------------|-----|
| Prólogo..... | 7 |
| Capítulo 1 | 15 |
| Capítulo 2 | 31 |
| Capítulo 3 | 47 |
| Capítulo 4 | 59 |
| Capítulo 5 | 73 |
| Capítulo 6 | 85 |
| Capítulo 7 | 99 |
| Capítulo 8 | 113 |
| Capítulo 9 | 125 |
| Capítulo 10 | 137 |
| Capítulo 11 | 153 |
| Capítulo 12 | 165 |
| Epílogo | 175 |

Prólogo

Circulan muchos rumores e historias alocadas acerca de ella, algunos ciertos y otros no. Sin embargo, todos parecen concordar en una sola cosa: la señorita Clara es absoluta e irrevocablemente perfecta. Ella se había vuelto una especie de leyenda en su colegio y hasta había quien la comparaba con una criatura mítica. Es que, por más que se intentara, resultaba imposible encontrarle una sola falla. Incluso los compañeros que no eran completos admiradores de Clara reconocían que había algo especial en ella: algo que no se podía describir con facilidad, un aire de nobleza, un aire de perfección.

Clara reía bonito, sin soltar una carcajada y cubriéndose la boca elegantemente. Su cabello café liso iba siempre suelto, sin un solo nudo, y se movía con un suave vaivén sobre su espalda mientras caminaba. Los chicos juraban que ella era una belleza natural, y las chicas nunca sabían si realmente utilizaba maquillaje o no. Durante los recesos ella comía en la cafetería en compañía de sus amigas y de su novio, y lo hacía como si se tratara de una cena formal con los socios de su padre. Colocaba

una servilleta de tela sobre su regazo, cortaba la comida en diminutos trocitos y siempre se aseguraba, de manera discreta, de que no le quedaran residuos de comida entre los dientes al terminar de comer. Incluso, lloraba de una manera hermosa. Su rostro no se enrojecía ni hinchaba: las lágrimas simplemente recorrían las mejillas de la joven con una delicadeza que a muchos les parecía injusta.

8 Sin embargo, la admiración de sus compañeros y el título de *perfecta* no se los había ganado exclusivamente por su belleza física y sus buenos modales. No. Clara no solo era hermosa, sino también extraordinariamente inteligente. Siempre era la primera en entregar las tareas, en levantar la mano y en contestar de manera correcta. Clara era la primera opción de todos al momento de resolver una duda o de comparar una respuesta.

A sus 15 años, Clara parecía tener su vida resuelta.

Aquel día comenzó su rutina como de costumbre. Se levantó antes de que sonara la alarma, se duchó y se vistió con el tradicional uniforme: blusa blanca, falda gris, calcetas altas y zapatos negros. Con una plancha se aseguró de que no hubiera ni un solo cabello fuera de lugar. Base, corrector, polvos, rubor, un suave delineador café, rímel y un spray para prolongar la duración de su maquillaje fueron lo necesario para asegurar un *look* natural. Finalmente, después de casi una hora y media, Clara salió de su habitación.

Fue hasta el comedor, en el que ya estaba servido un plato de avena caliente y fruta para ella. Su padre, un hombre con una sonrisa contagiosa, conversaba con su esposa,

la mamá de Clara, sobre los planes para las próximas vacaciones. Decir que la madre de Clara era hermosa sería ofenderla. Aquella mujer parecía salida de una de esas películas del cine de oro de Hollywood.

—Buenos días —dijo Clara mientras se sentaba a la mesa.

—Tan puntual como siempre, Clara —contestó su padre—. Sin dudarle, amor, nos sacamos la lotería con nuestra hija. Ella es absolutamente perfecta —le dijo después a su esposa.

La joven únicamente sonrió en silencio, más por una respuesta automática que por otra cosa. A pesar de ello, la conversación continuó como de costumbre: sus padres hablando y ella interviniendo en algunas ocasiones. Clara prefería guardar silencio y solo observar. No cabe duda de que sus padres eran una pareja que muchos envidiarían, de aquellas que te hacen creer en lo que dicen las canciones de amor o en las películas con finales felices. Sí, Clara tenía una familia que, sin duda, muchos considerarían perfecta.

Se aproximaba la hora en que el autobús pasaría frente a casa, así que la chica se disculpó y fue rápido al baño a lavarse los dientes y a asegurarse de que nada estuviera fuera de lugar. Al cabo de un par de minutos regresó al comedor. Como siempre, bajó las gradas con elegancia. Tomó entonces su mochila gris y se despidió. Su madre fue hacia ella y, asegurándose de no mancharla con su labial rojo, le dio un delicado beso en la frente y le entregó su lonchera.

—Gracias —murmuró suavemente Clara y luego caminó hacia su padre.

—Te quiero, mi niña —le dijo.

—Y yo a ti, papá.

—Envíame un mensaje cuando vengas de regreso. Recuerda que hoy viene a comer Mamá Theo y que ella es muy estricta con sus horarios de comida —dijo su madre.

—No te preocupes, mamá. No se me olvidará.

Antes de salir, la joven se detuvo y volvió a ver a su madre.

10

—¿Arrugas? —preguntó, como acostumbraba hacerlo.

—No, todo perfecto como siempre.

Clara sonrió y salió a esperar el bus aquella mañana en que el sol parecía triste por algo que solo él sabía.

Todo transcurrió con calma. No faltó el tradicional saludo a don Lolo, el conductor del bus, ni el casto beso a su novio Richy al sentarse a su lado ni la conversación ligeramente monótona camino al colegio. Ya allí, Marta y Rita corrieron a la entrada para encontrarse con la pareja. Reunidos los cuatro, caminaron una vez más por los pasillos del colegio como si fueran dueños absolutos de todo. De igual manera llegaron al salón de clases.

El día transcurrió con la normalidad habitual: tareas entregadas, felicitaciones para Clara, risas elegantes entre clases. Sin embargo, esto cambió cuando la señora Emma, una de las secretarias del colegio, se apareció bajo el umbral de la puerta del salón. El profesor Nicolás detuvo su explicación sobre los procesos de factorización en el momento en que se percató de la presencia de la mujer.

—Disculpe la interrupción, profesor.

—No hay problema —respondió el maestro, un hombre mayor—. ¿Cómo puedo ayudarla?

—Necesito que la señorita Clara Olmos me acompañe a la dirección —contestó doña Emma—. Por favor, traiga sus pertenencias de una vez —le pidió después a Clara.

De inmediato comenzó un ligero rumor en la clase. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué Clara había sido llamada a la dirección? ¿Le iban a dar un nuevo premio? ¿Finalmente se habían dado cuenta de que no había nada más que pudieran enseñarle a la joven?

11

Clara, con la elegancia propia de quien había practicado *ballet* durante mucho tiempo, se levantó del escritorio, pasó suavemente sus manos por la falda para arreglar las arrugas inexistentes y comenzó a guardar el cuaderno y el libro que con cuidado había colocado sobre la mesa. Luego les ofreció una dulce sonrisa a su novio y a sus dos amigas, antes de retirarse del salón. Mientras caminaba, su cabello se movía con suavidad por el viento que recorría el pasillo y ella se miraba como una pintura en movimiento. Casi parecía que iba flotando. Su rostro se había congelado en una sonrisa a medias. Nadie pudo haberse percatado de los nervios que ella sentía en aquel momento. No. Mostrar incomodidad o malestar por el hecho de haber sido interrumpida durante una de sus clases favoritas sería impropio de ella. Clara debía actuar como todos esperaban que lo hiciera: con una sonrisa, con un rostro hermoso y de manera correcta.

Finalmente llegó a la dirección del colegio. Era un recinto de tamaño regular, en el cual había dos escritorios para dos secretarías y una puerta al fondo que comunicaba con la oficina de la directora Ventura, una mujer seria y que pocas veces sonreía. En una de las sillas del área de espera estaba sentado un chico de pelo oscuro, algo alargado y lleno de picapica. Parecía refunfuñar, pero al ver a Clara lanzó una sonrisa a medias. La secretaria frunció el ceño al verlo, pero al final regresó la vista a la muchacha.

—La directora la está esperando. Puede dejar sus cosas al lado de mi escritorio —dijo con una suavidad de voz que a Clara no le gustó.

No obstante, ella no dejó ver su malestar e hizo como se le había solicitado después de musitar un «gracias». Luego caminó hasta la puerta y llamó a esta con la misma delicadeza y elegancia con que hacía casi todo lo demás. Del otro lado, una voz refinada le indicó que ingresara. La muchacha, sin pensarlo dos veces, lo hizo. Entonces se sentó en una de esas sillas viejas que rechaban con el peso de la persona y observó con cuidado a la mujer que tenía enfrente. Su cabello negro estaba recogido finamente, de una forma que enmarcaba su rostro, cuyos delimitados pómulos la hacían ver como una mujer severa y firme. Clara había hablado pocas veces con la directora. Por lo general, solo lo hacía para la entrega de premios o para actos protocolarios propios de las celebraciones patrias. De lo contrario, la joven no se acercaba a la dirección. ¡Para qué lo haría! ¿Por qué

una de las mejores estudiantes —si no la mejor— tendría que pasar tiempo sentada en aquella fría oficina? Eso estaba reservado exclusivamente para estudiantes revoltosos o que siempre andaban gastándoles bromas pesadas a los maestros: a alumnos como Daveed Padi-lla —el que estaba sentado afuera—, nunca como Clara Olmos.

—Espero no haberte asustado al hacerte venir acá —dijo la directora con una voz tan condescendiente y paternalista que de inmediato puso en alerta a la adole-
13
scente.

Clara optó por no responder. Solo sonrió para no revelar la incomodidad que sentía en aquel momento.

—Prefiero ir al grano en este tipo de situaciones. No siento que darle vueltas al asunto sea lo apropiado en este caso. Llamaron de tu casa solicitando que te retiraras temprano. Tu abuela vendrá por ti en unos momentos.

—¿Mamá Theo? —dejó escapar la joven.

¿Qué estaba sucediendo? Clara se había retirado del colegio antes de la hora de salida en tan solo una ocasión: una vez cuando ella estaba en cuarto grado y tenía mucha fiebre. Y aun esa vez se había retirado solo porque la habían obligado a hacerlo —y a pesar de las múltiples protestas de ella y de su madre—.

—Señora Ventura, ¿Mamá Theo explicó la razón? Es que todavía faltan varias clases y no he entregado algunas tareas...

—Déjalas en el escritorio de Emma antes de irte a la puerta de salida a esperar a tu abuela.

—Pero ¿por qué debo irme? —preguntó la joven con una insistencia poco usual en ella y con ansiedad.

—Clara, es sobre tu padre —reveló al fin la directora con alguna renuencia a hablar.

—¿Qué pasó con él? ¿Está bien?

—Tu papá sufrió un accidente hoy mientras se dirigía al trabajo. Según lo que nos indicó tu abuela, en este momento él está en la sala de operaciones del hospital.

Entumecida.

14

Así se sentía.

Clara ya no puso atención a lo que la directora le dijo a continuación. Simplemente asentía cuando consideraba que era lo correcto. Cuando la señora terminó de hablar, la joven le dio las gracias y se puso de pie. La secretaria la observó salir de la oficina y le sonrió con lástima. Clara, mientras tanto, dejó sus tareas pendientes de entregar sobre el escritorio de ella. Daveed Padilla la miró con la curiosidad propia de quien no sabe qué está pasando. La chica tomó sus cosas y se detuvo en la puerta de la dirección. Se obligó a sí misma a sonreír como si todo estuviese bien antes de empezar a caminar por los pasillos camino al gimnasio, que daba a la puerta de salida. Cuando llegó allí, se sentó en una grada y guardó silencio.

Sí, entumecida era la palabra correcta para describir cómo se sentía.